



Pablo d'Ors
El estreno



PABLO d'ORS

El estreno

Trilogía del fracaso – I

Edición revisada,
corregida y aumentada

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo 2016

© Pablo d'Ors, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 6410-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-51-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El sobrino de Bernhard

Para Thomas Bernhard

I

En el barrio de Birkenbeck, situado en el centro de mi ciudad natal, hay un laboratorio en el que un prestigioso grupo de científicos de toda Europa realiza sus investigaciones. Yo trabajé ahí, en esa institución, controlando los vehículos que deseaban pasar al recinto. Sin importar si conocía o no al visitante, cada vez que alguien entraba o salía del edificio, estaba en la obligación de exigirle que me presentase sus credenciales. Aunque hubiera gente que entrara a diario por la sección B –el ingreso que se me encomendaba vigilar– o, incluso, que lo hiciera varias veces durante la misma jornada, yo siempre debía revisar los documentos y, si estaban en orden, los sellaba. La misión que desarrollaba era importante porque las secciones A y C habían sido clausuradas por obras, de modo que todos pasaban por mi supervisión. Ignoro por qué las medidas de seguridad del laboratorio de Birkenbeck eran tan extremas.

Desde mi garita de vigilancia, reparé hace varios meses en una mujer extraordinariamente parecida a la famosa actriz Carole Bouquet: la misma mirada fría y azul –un azul que asusta–, la misma cabellera larga y negra. Tan convencido estuve de que se trataba de la mismísima

Carole Bouquet que, contra lo que venía siendo mi costumbre, intercambié con ella algunas palabras. Es cierto que necesité de mucha determinación para atreverme a dirigirle la palabra, pues había perdido mi viejo hábito de charlar con los visitantes en sus idas y venidas. Cuando comencé este trabajo, esto era para mí lo habitual: conversaba con los trabajadores del laboratorio y saludaba a las visitas ocasionales. Entonces aún estaba interesado en el género humano, aún intentaba resultar simpático; y hasta me parecía que mi trabajo era interesante por las posibilidades que ofrecía para las relaciones humanas. Es increíble el grado de estupidez al que se puede llegar durante la juventud.

Comencé a ser menos charlatán a medida que fui aumentando de peso, ésa es la verdad. Tal vez fuera ese tejido adiposo adherido a mis vísceras lo que me fue haciendo más parco en el lenguaje, puede ser. El caso es que todo mi habitual hermetismo se esfumó cuando vi ante mi garita a Carole Bouquet, a quien yo creía que era Carole Bouquet. Estaba sentada en un automóvil deportivo, a la espera de que alzara la barrera para permitirle el acceso al edificio. Vestía con gran elegancia y me tendió su pase en un gesto desdeñoso que se me antojó soberano. Recuerdo aún su mano tendida, el sonar de las pulseras que acompañó al ademán, la blancura de sus dedos, largos, finos, dedos aristocráticos como no he visto jamás. Tomé el pase de la supuesta Carole y percibí cómo mis dedos, gruesos y envejecidos, contrastaban con los suyos. Temblé ligeramente al tomar las credenciales y mi corazón, hasta ese día abotargado, comenzó a agitarse. Creo que fue en ese instante cuando mi corazón comenzó a agitarse. Pero quizá fuera antes. Carole se había quitado las gafas y aguardaba a que yo estampase el sello y le devolviera la tarjeta. Pero me entretuve más de lo pre-

ciso; algo, su presencia, una fragancia, había ralentizado mi quehacer rutinario. Cuando le devolví los papeles, Carole se puso de nuevo sus gafas de sol y arrancó el vehículo. Su mirada fría y azul había sido ajena a mi operación. Cuando alargó su brazo para recoger las credenciales, sin embargo, me clavó los ojos durante una fracción de segundo. En esos ojos no había ningún mensaje, no podía haber ningún mensaje; no había tiempo en esos ojos para mensaje alguno. Pero esos ojos se cruzaron con los míos, los vi, me vieron, sé que me vieron y que los vi, y aquel día algo tan simple como eso me perturbó.

Recuerdo que vi alejarse el deportivo de Carole –entonces aún la llamaba Carole– con verdadera melancolía. Qué vergüenza me da ahora esa melancolía que me hizo olvidar, durante algunos segundos, que yo era un tipo gordo, más que eso: alguien cuya personalidad ha quedado por completo reducida a su obesidad. Para quienes me conocían, yo no era Erwin o el señor Becher, sino sencillamente el guardia gordo o, lo que aún era peor, *el gordo* sin más, sin adjetivo alguno, el gordo por excelencia y definición. Puede parecer ridículo que un hombre tan gordo como yo pueda olvidarse durante algunos instantes de su obesidad y pensar en la atención de alguien como Carole Bouquet. Pero así fue. Durante algún tiempo, breve pero intenso, olvidé mis ciento cuarenta kilos de peso y creí ser aún joven y delgado. Hace ya tanto tiempo que no soy joven ni delgado que ya ni me acuerdo de lo que significa correr para abrazar a un amigo, tener un proyecto con el que soñar por las noches o sonreír a una desconocida. Un gordo sonriendo a una mujer, intentando conquistarla, resulta algo tan estúpido que no puedo ni imaginarme cómo serían las sonrisas que más tarde le brindé a Carole. Siento un bochorno infinito sólo de pensar en mi rostro sonriendo, en mis

carrillos hinchados, en mis bucólicos ojos de enamorado. ¡Si pudiera borrar todo eso! Lo más pavoroso de la vida es que nada de lo que nos sucede puede borrarse. La falsa Carole Bouquet nunca podrá olvidar mi cara enamorada y gorda, sonriendo como si no fuera gorda. Pese a todo, lo peor de mi vida no ha sido la obesidad, sino los instantes en que la he ignorado y no he sabido darme cuenta de que me miraban como a un monstruo. Me avergüenzo de haber podido creer que mi sobrea-bundancia de carnes y grasas no les importaba a los demás. A Carole Bouquet, por supuesto, le importó. Si alguna vez me recuerda, pensará en mí como *el gordo enamorado*. Es horroroso que le llamen a uno así; pareciera como si el atributo *enamorado* provocase que la gordura fuera aún mayor, más cruel, más desafortada. Si un gordo se enamora, está doblemente hinchado. Es así: la satisfacción expande el cuerpo, lo ensancha, lo amplía hasta cotas espantosas. Lo malo es que de ese espanto sólo nos damos cuenta después, cuando todo ha terminado. Sólo percibimos nuestra necedad cuando ya no hay nada que hacer, es lamentable.

2

Toda mi vida cambió desde que Carole Bouquet entró en el laboratorio de Birkenbeck. Ese mismo día estuve esperando con ansiedad infantil a que la actriz saliera del edificio. Fue en vano. El turno de mi guardia terminó y tuve que abandonar mi privilegiado puesto de control. ¿Durante cuánto tiempo había estado el vehículo de Carole detenido frente a la barrera? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Cómo era posible que un espacio de tiempo tan breve fuera tan determinante?, me preguntaba. Este recuerdo me enarde-

cía conforme me recreaba en él, llegando a recordar a la perfección sus pendientes en forma de cometa, la palidez de su piel en contraste con su melena oscura, sus pómulos y, sobre todo, esa sonrisa que no me brindó pero que yo quise ver. Porque lo cierto es que los labios de Bouquet, suavemente pintados, no me sonrieron. Hubiera sido absurdo que una mujer tan hermosa hubiese sonreído a un ser tan gordo como yo. Pasé muchas horas pensándolo, y ahora me humilla haberlo pensado tanto; hoy no entiendo por qué el rostro de una mujer pudo robarme tanta atención y tanta paz, tanta dulce indiferencia. Debo confesar haberme entretenido durante horas imaginando los pómulos de Carole Bouquet, su barbilla, la serena amplitud de su frente, el brochazo de brillo blanco que partía su cabello negro en dos. Ahora, todas estas supuestas maravillas físicas me parecen irrisorias. Pero hubo algo en todo ello que entonces me emocionó. Nunca me he sentido tan indefenso como cuando Carole me extendió su pase con afectado desaliño. Al leer su nombre comprobé que Carole Bouquet no era Carole Bouquet, que había habido un error en los apellidos, o en las fisonomías, o en mí mismo, que, cegado por la turbación, no sabía ni leer aquellas credenciales.

Cuando supe que mi Carole Bouquet no era la auténtica Carole Bouquet, en mi fuero interno continué llamándola Carole Bouquet. No me importaba que no fuese modelo ni actriz, puesto que en cualquiera de los casos era mi prototipo de mujer. Lo malo de Carole Bouquet es que apareció en mi vida cuando yo era gordo y, por ende, demasiado tarde. Las mujeres que aparecen demasiado tarde suscitan en los hombres las mismas sensaciones que suscitan las que aparecen demasiado pronto.

Por otra parte, cuando supe que mi Carole Bouquet estaba casada —y no fue difícil saberlo por las conversa-

ciones que escuché desde mi garita—, pensé en la buena estrella de su marido. ¿Por qué nunca habría podido yo ser el marido de una mujer como Carole Bouquet? ¿Qué tendría aquel hombre de lo que yo carecía? ¿Era simplemente mi gordura lo que me había imposibilitado casarme con una mujer tan perfecta como aquélla? No. Sin duda era algo más. Con cuarenta años yo no era realmente gordo, no al menos tan gordo como ahora. Aún corría, por ejemplo; y aún soñaba como lo haría el más ardiente adolescente. Pues bien, pese a mi delgadez, pese a mis sueños y carreras, nunca en mi vida se me ocurrió pensar que un hombre como yo merecía a una mujer como Carole Bouquet. Aspirar a tanto me parecía exagerado y tendí a conformarme con mujeres mucho menos guapas, objetivamente menos guapas. También me conformé con mujeres mucho menos elegantes, mucho menos aristocráticas y adineradas. No sé por qué no daba importancia al dinero cuando era joven. Ahora me arrepiento. Me encantaría vivir en un sitio mucho más confortable, tener trajes más caros y no ser guardián, sino científico. A lo largo de todos estos años como guardia en Birkenbeck he comprendido que, en el fondo, nunca quise ser guardián. Habría preferido ser el que entra en coche en el laboratorio y no el que alza la barrera para que los demás puedan entrar. Tal vez por eso haya engordado tanto, para vengarme. Porque me he pasado la vida abriendo puertas y subiendo barreras y a mí, en cambio, nadie me ha subido la barrera nunca. Nadie me ha abierto ni una sola puerta. No estoy exagerando. Es humillante pensar que todas las puertas han estado siempre cerradas para mí. También la puerta de Carole Bouquet se me cerró. O tal vez fui yo mismo quien la cerró.

El caso es que cuando Carole Bouquet situaba su automóvil rojo frente a las barreras del laboratorio —y lo

hizo, para mi alegría, al día siguiente y durante otras muchas jornadas más—, me olvidaba de todo esto y pensaba que la puerta-Bouquet sí que estaba abierta para mí. Su matrimonio no me importaba en absoluto: pese a su marido, pese a sus probables amantes, pese a todo, Bouquet era para mí una puerta abierta y una puerta francesa. Porque con ese apellido, Bouquet tenía que hablar francés —pensaba—, y a mí me encantaba el francés. Por mi parte llevaba toda la vida sin apenas oír hablar francés, pero diciendo, inexplicablemente, que me encantaba el francés. Ahora sé que a medida que fui engordando fue también aumentando mi estupidez, mi vulgaridad, mis sueños quiméricos e infantiles.

El nombre auténtico de Carole Bouquet era Katerina Schusser, aunque yo nunca la llamé así hasta el final de nuestra relación. ¡Qué vulgar! Todo el misterio del amor se diluye con un nombre tan ordinario como el de Katerina Schusser. Por eso siempre me dirigí a Carole llamándola Carole, cosa que ella jamás comprendió. ¡Pobrecilla! Tenía que haberla advertido de que la culpa de todo la tuvo su parecido con una famosa estrella de la pantalla.

Una de las cosas que más me gustaban de Carole Bouquet, junto a sus ojos azules y fríos (¡qué fríos y azules eran, Dios mío, nunca supe si más fríos o más azules!), era precisamente su nombre. Me encantaba decir «Carole Bouquet». Desde que la conocí, cada mañana, situado frente al espejo, repetía su nombre incansablemente una y otra vez. Recordaba una película de Truffaut en la que un joven, Antoine Doinel, hacía lo mismo: repetir una vez tras otra un nombre, en este caso el suyo. Pues bien, al igual que el tal Doinel, yo repetía el nombre de Carole con distintas entonaciones, fuera poniendo el acento tónico al final o al principio, recalcando el nombre propio o el apellido. La diferencia con las repeticiones de An-

toine Doinel era que las mías respondían al enamoramiento mientras que las suyas, o así lo entiendo yo, a una típica necesidad adolescente de autoafirmación. Pero el resultado era el mismo: ambos nos hipnotizábamos con aquellos nombres.

No tuve mayor dificultad en averiguar quién era en verdad Katerina Schusser, qué hacía en la vida y con quién se había casado. Sé bien que ella habría hecho lo imposible con tal de evitar encontrarse conmigo, sé bien que mi presencia comenzaba a resultarle molesta. Pero por una u otra razón, debía acudir diariamente al laboratorio de Birkenbeck y, en consecuencia, yo podría seguir disfrutando de sus ojos fríos y azules, aunque sólo fuera durante algunos instantes.

3

—¿No puede sellarme el pase un poco más deprisa?

Éstas fueron las primeras palabras que escuché de sus labios. ¡Ah, cuántos de mis pensamientos tuvieron como protagonistas aquellos labios! La primera frase que me dirigió fue, por tanto, un reproche. Se quejaba de mi lentitud y tenía razón. Porque yo podía llevar a cabo mi cometido a mayor velocidad, por supuesto, y si lo realizaba tan despacio era para disfrutar durante más tiempo de su turbadora fragancia. Y es que la fragancia de Carole me alteraba como pocas cosas en la vida han logrado alterarme. Su perfume lo inundaba todo y yo, de pronto, gracias a ese perfume, no me sentía gordo. Al contrario, me sentía ligero, como si no fuera el guardián de Birkenbeck y como si tuviera treinta años menos. Pero ¿qué me pasó exactamente hace treinta años? ¿Por qué empezó entonces para mí el declive? Esta pregunta me la he

formulado muchas veces a lo largo de la vida y, al final, debo reconocer que la culpa de mi envejecimiento prematuro, como la de mi gordura exagerada, fue de Bernhard.

No está bien que culpe a nadie de mis males, pero el influjo de Bernhard sobre mí fue demasiado evidente y pernicioso como para no mencionarlo ahora. Es sorprendente cómo puede un desconocido cambiar nuestra vida. Porque yo, a Bernhard, nunca le conocí. Nunca mantuve una conversación con él. Nunca le estreché la mano. Quise hacerlo en la feria internacional del libro en Frankfurt, en el ochenta y tres, seis años antes de que muriera. Le vi de lejos, a unos veinte metros quizá, y me emocioné. Estaba rodeado de gente, como si todo el mundo literario supiera que le quedaba poco de vida y que, en consecuencia, cualquiera de sus declaraciones a los medios sería para los periodistas sumamente valiosa. Iba con un jersey de lana oscuro y los picos del cuello blanco de su camisa le sobresalían. Era sabido por todos que Bernhard se había enclaustrado en su residencia particular sin querer saber absolutamente nada de nadie desde hacía varios años. Ahí vivía o se desvivía, quién sabe, fraguando sus novelas, que yo leía con una voracidad insólita, ávido por saber más sobre aquel hombre. Cuando concluía la lectura de sus novelas, sistemáticamente enfermaba y me veía en la obligación de guardar cama durante algunos días. Todas las novelas de Thomas Bernhard produjeron en mí este efecto devastador. ¿Por qué le leía entonces? ¿Cómo me permití enredarme en aquella obsesión? Thomas Bernhard me parecía el escritor más inteligente de la Europa de fin de siglo: lúcido, despiadado, cruel, cruel hasta la sabiduría. Me parecía tan ácido como sencillo, tan enrevesado como diáfano: un tipo admirable dentro de la montaña de cal en la que

había instalado su vivienda. Porque así era como llamaba a su refugio: *Kalkwerk*, fábrica de cal.

Nunca me abrió las puertas de su mansión, pese a que fui a visitarle ocho veces. Tampoco respondió a ninguna de mis cartas. Le informé de mi intención de escribir un libro sobre su narrativa, sobre su persona, sobre la literatura germánica del fin del milenio... Nada, Bernhard no estaba interesado en nada. Su propia figura, sobre la que gira toda su obra, le producía la indiferencia más absoluta. Sus silencios no me desanimaron. Releí una y otra vez *El sótano*, *El aliento*, *El origen*, *El frío*... Llegué a aprenderme de memoria *El sobrino de Wittgenstein*, y lo recitaba a menudo para mí, como si fuera una plegaria.

También viajé a Heerlen, Holanda, donde nació y donde me preocupé por visitar la escuela en la que estudió musicología, canto y violín. Pero la sensación que me quedó de aquel viaje, como la de mis lecturas de sus obras, era que Bernhard se me escapaba. Su vida, como su legado, me resultaba tan inabarcable como misteriosa.

El día de la feria de Frankfurt, en el ochenta y tres, hubiera podido acercarme a él.

—Soy Erwin Becher, ¿me recuerda? —le habría dicho—. Le he escrito muchas cartas, he hablado varias veces con su secretaria, preparo una biografía sobre usted.

Bernhard —estoy seguro— me habría mirado con ojos gélidos y me habría dicho que no se acordaba de mí, que no sabía quién era y que no le interesaba nada de lo que le había dicho. Porque Thomas Bernhard nunca supo nada de los demás. Porque la sinceridad de aquel hombre llegaba a cotas inhumanas.

Cuando llegué a mi casa tras haberle visto en la feria del ochenta y tres, extraje la carpeta en la que conservo todos los recortes de prensa que se han publicado sobre Bernhard desde 1956, es decir, desde sus cincuenta años

de vida. Estuve observando atentamente todas aquellas fotos y constaté que Thomas Bernhard había cambiado. Por de pronto había perdido bastante pelo y las orejas se le habían puesto de punta. Quizá las tuviera en punta desde joven, pero sólo en la feria de Frankfurt reparé en este detalle. Sus orejas, además, habían aumentado de tamaño: eran prácticamente monstruosas. Era como si el paso del tiempo hubiera comportado esta insólita deformación. Como si Bernhard se hubiera empeñado en no dejar escapar ni uno sólo de los sonidos del mundo, de ese espantoso mundo en el que vivía. Pero no es que el mundo de Bernhard fuera tan espantoso, puesto que en su montaña de cal, en Austria, en su amada y odiada Austria, vivía con todas las comodidades propias de la vida moderna. Con su literatura, con sus orejas gigantes, Thomas Bernhard hacía que Austria entera fuera una suerte de campo de concentración, pero de concentración de la imbecilidad humana y de esa insensatez tan típicamente germánica. Bernhard transformó su vivienda en una colonia penal para sí mismo, llena de torturas literarias. Como su admirado Kafka, trabajaba en la construcción de una máquina que le permitiera, de un modo cómodo y rápido, su propia ejecución.

En el único reportaje que consintió que le hicieran desde el encierro en su *Kalkwerk*, Bernhard aparece fotografiado en un espléndido sillón. Al pie de esa foto quedan recogidas sus declaraciones: que nunca más concedería otra entrevista, que habían manipulado sus palabras, que todo lo que se había publicado sobre él era una farsa. Su aislamiento se hizo a partir de entonces mucho más hermético, un aislamiento vicioso y perfecto, una clausura que, naturalmente, aumentaba la leyenda. Ni qué decir tiene que Thomas Bernhard fue muy consciente de que su actitud generaba una leyenda. Sabía per-

fectamente que sus compatriotas le odiaban. ¡Cómo no iban a odiarle si él no perdía ocasión para hablar mal de ellos! ¡Que se marche de aquí!, le decía la gente; pero él, agarrado a su pluma como si fuera una espada, anunciaba una y otra vez que iba a exiliarse pero nunca se marchaba. Amaba su infierno. Estaba enamorado de su patria adoptiva. Yo, por puro espíritu de contradicción, me puse de su parte. Bernhard, en cambio, nunca se puso de la mía. Probablemente ni siquiera llegó a saber que yo existía.

4

Conocí a Thomas Bernhard antes de leer sus libros. A decir verdad, durante mucho tiempo no conocía de Bernhard más que su nombre, pero ese nombre, como el de Carole Bouquet o como el de Antoine Doinel, me gustaba. En la taberna que en aquel tiempo frecuentaba cada viernes por la noche, el nombre de Thomas Bernhard salía ocasionalmente. Todos le criticaban, nadie estaba a su favor. Decían que era homosexual, que era un perverso, un cerdo, una mierda asquerosa. Decían también que tenía que meterse sus libros por el culo y que el gobierno debería expulsar de la nación a un ser tan repugnante como él. Fue entonces cuando, sin conocerle personalmente y sin haber tenido en mis manos ninguna de sus novelas, pregunté a todos aquellos colegas si realmente habían leído algo de su producción. Nadie había leído nada, aunque nadie quiso reconocerlo. Era evidente que no habían leído nada, porque, entre otras cosas, no supieron darme ni uno solo de sus títulos. Aquella noche, después de aquella acalorada conversación en la taberna, comprendí que había perdido a mis amigos del

viernes por la noche y que había ganado, por contrapartida, un nuevo amigo: Thomas Bernhard. Él fue mi amigo espiritual antes incluso de que yo supiera verdaderamente quién era. Porque nuestros amigos –y eso lo comprendí desde aquella noche– no tienen nada que ver con nuestras afinidades electivas. Nuestros amigos nos escogen, o los escogemos, antes aun de que los conozcamos o de que nos conozcan. Sin conocer aún a Bernhard, a partir de aquella noche comencé no sólo a hablar de Bernhard, sino con él, como si se tratara de un ángel o de un demonio que me acompañase permanentemente. O como una especie de doble mío, del hombre culto que yo hubiese podido ser. La amistad incondicional que forjé con Bernhard –incondicional porque yo estaba dispuesto a que me gustara a toda costa y porque su literatura me encantaba antes aun de haber leído ni una sola de sus líneas– se construyó sobre una mentira. A mis colegas de los viernes por la noche llegué a decirles que, a diferencia de ellos, yo sí había leído a Bernhard; les dije que su odio por Austria era más que razonable y que, aunque les fastidiase, aquel hombre era coherente con sus principios y con su personaje.

–¿Qué principios? –me increparon–. ¿Qué personaje?

Como es natural, no supe qué responder, pero respondí algo disparatado, obstinándome en ello una y otra vez, como si en ese asunto me fuera la vida. Y me fue, puesto que a partir de entonces empecé a engordar y a perder mi juventud.

Pronto fui consciente de que mi vida había cambiado, de que iba a hacer que cambiase. Acepté entonces el trabajo de guardia en el laboratorio de Birkenbeck y, casi al mismo tiempo, me compré *Sí*, la primera novela de Bernhard que leí, tan de corrido como todas las demás. En cuanto la concluí, fui a comprarme un nuevo título.

Y luego otro, y otro, y así hasta que hube leído su obra completa en menos de una semana. El odio que siento por mi país y el desprecio que experimento hacia mí mismo fue creciendo a medida que Bernhard fue apoderándose de mí. Y así hasta que llegó el día en que ya no vivía yo, sino que era Bernhard quien vivía en mí: su espíritu, su resignación, su resentimiento. Sobre todo el resentimiento de Bernhard era lo que vivía en mí. Fue así también como mi propio domicilio se fue convirtiendo en una montaña caliza, y así como mi garita de Birkenbeck fue transformándose en el más sofisticado de los instrumentos para la tortura de una colonia penitenciaria.

El proceso de bernhardización de mi vida fue paulatino y eficaz, muy eficaz. Llegué a creer que nada ni nadie podría destruirlo, pero luego, cuando apareció Carole, se hizo evidente que la bernhardización de mi vida no era total. ¿Cómo podía serlo cuando sonreía, cual estúpido enamorado, a la mujer cuyo automóvil rojo se detenía cada mañana frente a mi puesto de control? Thomas Bernhard nunca habría sonreído a Carole Bouquet, ni siquiera a la auténtica. Thomas Bernhard estaba por encima de las mujeres bellas, por encima de Carole, por encima de cualquier clase de sonrisa. Los ojos fríos y azules de Carole Bouquet habrían dejado frío a Thomas Bernhard. A él no le habrían impresionado sus pendientes en forma de cometa o su mano aristocrática, con el tintineo de sus pulseras. Nada, tampoco el brillo blanco que partía su cabello le habría conmovido. Ni la naturalidad de su aristocracia. Ni tan siquiera la fragancia, que era lo más sobrecogedor, le habría descompuesto lo más mínimo. Yo, por el contrario, tal vez por mi obesidad o por mi soberana estupidez, seguía dejándome afectar por esas cosas. Con treinta años yo pensaba que mi vida había sido plena, que había vivido mucho. Pero erraba. Siempre erra-

mos cuando pensamos haber vivido. Porque con treinta años yo aún no había conocido a Bernhard y, en consecuencia, lo fundamental de mi historia, que ha sido mi obsesión por unas cuantas novelas y mi encerramiento en un puesto de vigilancia, estaba aún por suceder.

Cuando en el ochenta y tres vi a Bernhard en la feria de Frankfurt —yo había acudido allí precisamente para verle—, aún no tenía esta lucidez. No me dirigí a él como había previsto y ensayado en la privacidad de mi domicilio. No lo hice porque me sentía como un tímido escolar y porque tuve miedo de que para Bernhard yo fuera sencillamente invisible. ¿Qué buscaba de él?, se preguntaría en el mejor de los casos. ¿Un autógrafo? ¿Acaso estaba buscando el timbre de su voz? ¿Por qué buscaba a la persona de Bernhard si tenía ya al Bernhard de las novelas? ¿Lo tenía realmente? Mientras me debatía sobre si debía abordarlo o no en aquella feria del ochenta y tres, comprendí que mi bernhardización estaba dando sus frutos más señeros. Sí, puesto que en medio del inmenso bochorno que padecía descubrí que no era aquel bochorno ni mi proverbial timidez lo que me paralizaba. Que lo que me paralizaba era justamente la bernhardización de mi vida, la indiferencia, la soberanía frente a todo, frente a todos, frente al propio Bernhard incluso. La verdad es que Thomas Bernhard ya no me importaba demasiado, lo que era el mejor signo de cómo Bernhard estaba operando en mí. Gocé en medio del tormento de tener a Bernhard a tan poca distancia y, pese a todo, no hablar con él. Pero luego empecé a mirarle con los mismos ojos con los que él me habría mirado de haberme atrevido a abordarle: ojos fríos y lejanos, distantes. En un acto reflejo me saqué las puntas del cuello de mi camisa, también blanca. Y estiré mis labios como había observado que Bernhard estiraba los suyos, como si en esa pequeña mueca se refle-

jara toda su concentración artística. Luego me di la vuelta. Nunca más le volvería a ver. Él moriría seis años después, en el ochenta y nueve.

Dicen los biógrafos de Bernhard –yo nunca fui uno de ellos– que el escritor pasó los últimos meses de su vida en un silencio cada vez más hondo y ecuánime, presagio del silencio mortal. También yo me he ido haciendo con el tiempo más silencioso; y también mi frente, como la de Bernhard, se ha ido despejando. A decir verdad, mi rostro y hasta mi vida entera, se han ido asemejando cada vez más a los de Thomas Bernhard. Pero Bernhard no era gordo, claro; ésta es la diferencia: nos diferencian unos setenta kilos de peso, y ésta no es, ciertamente, una diferencia pequeña.

Esto de los postreros silencios de Bernhard, como lo de mis propios silencios en la pequeña garita de Birkenbeck, tiene desde luego su interés. Ni a él ni a mí nos pasó inadvertida la noticia que dio el *Salzburger Nachrichten* el 6 de mayo de 1975: «Dos mil personas intentan todos los años, en el Land federal de Salzburgo –rezaba la información–, poner fin a su vida; y una décima parte de estos intentos de suicidio tienen desenlace fatal. Con ello, Salzburgo ostenta en Austria, a la que con Hungría y Suecia corresponde la tasa de suicidios más elevada, la marca nacional». Esta noticia nos sirvió tanto a Bernhard como a mí para callar todavía más. Es sabido que él no murió suicida, y tampoco yo probablemente moriré así. Pero los suicidios de nuestros compatriotas nos instaron a guardar silencio, a tomar el silencio como la única ética posible. Bernhard escribía –es cierto–, pero escribía para el silencio, para acallar las palabras y, por así decirlo, para conducir las a una vía muerta. Yo no sé escribir como él, aunque me he esforzado; muchas de mis cartas, y hasta este mismo informe, han procurado tener, supon-

go que sin mucho éxito, el inconfundible sello de la literatura de Bernhard. Porque desde que conocí su prosa, no leo a nadie más, nadie más me interesa. Es increíble cómo puede una obsesión anularlo absolutamente todo; y es que yo, al igual que el propio Bernhard, desde el principio fui consciente de mi obsesión. Esta conciencia era precisamente lo que me permitía sufrir y gozar de ella en el mismo y único movimiento.

A tal punto llegó mi obsesión que un día de 1979 me inventé un parentesco con Bernhard y me lo llegué a creer. Por aquel entonces ya era perfectamente sabedor de que Bernhard no me recibiría nunca. Tenía noticia de sus negativas a los periodistas y a los fotógrafos, de su alergia a todos los periódicos y, en particular, a las páginas dedicadas a la cultura, de su clausura cada vez más virtuosa y, en fin, de su soliloquio paranoico e iconoclasta. No tenía ninguna posibilidad de ser recibido, pese a que mi vida se había ido convirtiendo, como la suya, en una exploración catártica y metódica del horror. Pero quería verle. Quería verle a toda costa. Quería verle aunque fuera lo último que pudiera hacer en mi vida. Y así fue que me inventé un parentesco con él. Sabía que Bernhard tenía un hermano médico y sabía que Bernhard no había hablado con su hermano desde su infancia, que se enfadaron, que perdieron las relaciones, que Bernhard no podía saber que su hermano, el otro Bernhard, tenía un hijo. Yo sería ese hijo, me dije; yo sería el sobrino de Bernhard. Él no podría negarse a recibir a su sobrino, me dije también, aunque no se me escapaba que si me dejaba entrar en su residencia pronto se habría dado cuenta, por mi avanzada edad, de su equivocación. No sé si Bernhard supo o no que yo era un impostor y que su hermano, el otro Bernhard, había muerto. En cualquier caso Bernhard no me recibió ni

entonces ni después; nunca quiso saber nada de ese sobrino falso que era yo.

Erwin Bernhard: me habría gustado mucho más llamarme así que Erwin Becher; nunca me ha gustado mi apellido. Desde la noche en que me enfrenté a mis colegas de la taberna y en la que gané a Bernhard como amigo espiritual hasta el setenta y nueve habían pasado muchos años, pero durante todo ese tiempo mantuve ingenuamente la esperanza de hablar con Bernhard, de mantener una conversación con él. Esto significa que por aquel entonces mi bernhardización no era aún completa. Fue en el ochenta y tres, en la feria del libro de Frankfurt, cuando comprendí que la idea de convertirme en el sobrino de Bernhard era una solemne estupidez, puesto que Bernhard se habría negado a recibir incluso a su madre.